
EL TENIENTE NO HA MUERTO

Segundo premio

Ricardo G. Clark

Cuando Carrara saltó la barda, aquel invierno de escarcha que no se congelaba, se encontró a Rico, tosiendo de tal forma que se asustó y llamó al médico practicante, aquel de los grandes anteojos y los libracos pasados siempre debajo del brazo. El doctor también tuvo que saltar y sacando su estetoscopio escuchó toser a Rico y dijo: ¡ajá! y con otro ¡ajá! le dijo que se volviera a poner la camiseta sucia mientras pensaba qué le iba a recetar. Finalmente cambió de idea y le dijo a Carrara que lo acompañara. En su casa, de entre una pila de folletos médicos sacó unos frascos y le decía a Carrara: De este frasco una pastilla cada tres horas. De este otro un trago cada cinco. Y al final, en el tono más solemne dijo, sentenciando y sin cobrar, que si Rico no comía bien, ése, justamente ése, sería el último invierno de su vida. Carrara corrió con las medicinas que Rico sólo tomó el primer día porque no tenía reloj, y se le hacía difícil calcular cuándo habían pasado tres horas o cuándo habían pasado cinco.

La leche hervida que Carrara robaba de su casa era tomada a sorbos por Rico, a quien no le gustaba la capa amarilla de nata que se formaba arriba. Más tarde se perfeccionó el método y por la mañana tempranito Carrara recogía alguna botella de leche solitaria que quedaba en la puerta de cualquiera de las casas del barrio. Los otros llevaban lo que podían escamotear de la despensa familiar. Latas de encurtidos, salchichas, pedazos de pan duro, algún trozo de carne hervida. Rico estaba enfermo y escondido en una casa lista para su demolición, que ocupaba la estatua del héroe, amarilla, color orín.

Desde un hueco de la ventana Rico podía ver a los jardineros podando los rosales, o caer las últimas hojas, esas que sólo caen en invierno. Con sus ojos recorría toda la plaza: veía a los escolares a las siete de la mañana pasar para la escuela; a los viejos jubilados leer el periódico y platicar desde las diez a las doce de la mañana. Y recordaba otros tiempos. Poca gente sabía que estaba ahí solo. Sus amigos, los muchachos, le habían improvisado una cama en el suelo, y un hornillo de carbón donde calentaba té, que tomaba en grandes cantidades, como si quisiera beberse, con la tos que lo sofocaba y el dolor de su cuerpo, todo el té del mundo. La gripe se le alivió a la semana, pero Rico seguía sintiéndose débil, de manera que sólo salía al patio interior de la casa, para tomar un poco de sol en aquel invierno macilento.

Finalmente, la madre de Carrara sospechó que el tal gato, a donde iban a parar los huesos que sobraran de la sopa y la leche de la que faltaba más de medio litro, ¡qué barbaridad! y que nunca había visto, no existía. Porque de ser cierto, el animalejo comía como un caballo. Una mañana, después de misa, se acercó a la casa semiderruida y miró por un vidrio roto, viendo el camastro abandonado, pero nada más. Rico, que la había visto llegar, conte-

nía la respiración detrás de la puerta, mientras pensaba, a gritos, ¡vieja bruja, vieja bruja, vieja bruja!

Regresó a su casa e informó a su hijo que no había visto al gato; y le repitió en voz alta *gato*, que estaba *alimentando*, y que en su opinión era innecesario que siguiera *alimentando* a un animal inexistente. Carrara juró y perjuró que el gato existía, pero la madre no le permitió salir con paquete alguno de comida desde ese día.

“A mi teniente, un hombre alto, valiente, de bigotes y muy dado a llevarse con los civiles, lo sorprendieron cerca de la frontera vestido de sacerdote. Parece que ése era el disfraz más razonable para escapar de la persecución que se había desatado, cuando el gobierno descubrió la insurrección. Mucho más tarde yo escuché que sus propios soldados, de los pocos que lo siguieron, lo habían denunciado ante el hecho más que evidente de su traición a la patria, y de algunos pesillos que también suelen circular en estos casos. Fue un juicio sumario. Un domingo a las dos de la mañana lo fusilaron. Un subalterno le pidió a último momento el capote nuevo con que se protegía del frío, explicándole que las balas lo iban a agujerear, y como le dijo, al ofrecerle un trago de ron, sería una lástima que se perdiera tan buen abrigo. Me contaron que el teniente lo miraba, como si estuviera a dos kilómetros de distancia y todo lo que dijera, lo que dijese a los gritos. Se quitó la prenda y se la entregó. Yo podría haberlo salvado, porque aún tenía escondida en el fondo de la casa una ametralladora que había logrado ocultar en el momento del desbande de los insurgentes, pero me enteré del fusilamiento una hora después. . .”

Carrara lo miraba mientras movía con un palo el rescoldo y las brasas del último fuego de la noche. Jimmy y Miguel Angel escuchaban sin pensar. “Era. . . era buena gente el teniente”, decía Rico con frecuencia, como si con las palabras se pudieran borrar los hechos. Pero a quién se le ocurre hacer un levantamiento con unos pocos soldados y la ayuda de algunos civiles resentidos. . . ¡qué locura, qué locura! , finalizaba.

“Cuando me invitaban a sus primeras reuniones clandestinas nunca pensé que la cosa iba en serio. En esos tiempos yo estudiaba y así fue como me conecté con ellos. Cuando vi las armas y al teniente vestido de civil, me di cuenta que la cosa iba en serio, y aunque me dio un poco de miedo, fui los domingos a la casa de campo de Castañeda a aprender cómo se manejaban los fusiles maúser. El teniente era duro. En esos días nos hacía correr unos 20 kilómetros diarios y no podíamos fumar. Tuve ganas de desertar, pero seguí hasta el final. Me resulta difícil describirlo. Era uno de esos hombres extraños, llevaba un uniforme de militar, pero hubiera quedado bien con uno de médico, de sacerdote, de cualquier cosa. Cuando hablaba, su voz era suave, pero sabía putear en buen español, cuando alguno se equivocaba.”

Rico los llevaba por las calles, y entre su imaginación y la de ellos, pudie-

ron trazar, poco a poco, un plano de la insurrección. “¿Ven aquel balcón?” decía señalando con su mano flaca. “Los marinos pusieron ahí una ametralladora calibre 50, y no dejaban pasar a nadie. Cubrían así la avenida principal. El cuartel estaba a escasos 50 metros.” Miraron el balcón. Estaba ahí, silencioso, pintado de blanco, con un pequeño tiesto que mostraba algo de verde. “Dando la vuelta a la esquina entramos en una casa y nos subimos al techo. El teniente iba al frente, sin temor a las balas que zumbaban como abejas. Esa vez tenía puesto su uniforme y actuaba con precisión, conocía su oficio. Yo iba detrás. Me dijo que era el más destacado en las prácticas, y que debía estar con él. El ruido que hacíamos al saltar sobre los techos de zinc no nos preocupaba. Sabíamos que la gente de las casas estaba tirada debajo de las camas. El teniente vio a los que manejaban la ametralladora, unos niños del colegio militar, y los mató con su pistola. La compañía pudo así pasar y atacar el cuartel.”

—¿Y lo tomaron?

—No, dijo Rico, mirando el cielo.

La madre de Carrara estaba realmente enojada esa vez. Debía cesar los juegos de guerra; no estudiaba y eso lo demostraban sus últimas calificaciones. Finalmente, cedió, dejándole llevar un poco de comida para sus tropas, por última, última vez. Carrara no hablaba mientras recibía el sermón y la miraba con ojos grandes. Estaba segura de que le mentía, pero no podía comprobarlo. Antes de irse le preguntó si sabía algo del vago Rico. Había regresado al pueblo y le preocupaba que se llegara a juntar con él. No. El no estaba enterado. Lo habían visto sí, cerca de las vías del ferrocarril, comiendo junto a un vagón; pero de lejos, él no se había acercado. Ninguno de los muchachos le había hablado. La madre le volvió a recomendar que no se juntara con Rico. Un vago, un pillo, que había vivido mucho tiempo de lo que las gentes le daban. Además, estuvo en la cárcel por haberse levantado en armas. Que se fuera era lo preferible. Los tiempos estaban difíciles.

“Cuando atacaron el cuartel yo estaba en la retaguardia. El teniente me había mandado a que cuidara uno de los puestos tomados, de manera que no supe muy bien, hasta mucho después, qué había pasado realmente en el frente. Supe que Castañeda, el de la imprenta, iba a la cabeza, con el mismo asco y la misma rabia de siempre por las cosas que no le gustaban y que estaba obligado a vivir, como el olor a tinta que sudaba todos los días mientras juntaba los tipos con los que formaba las palabras que le salían casi masticadas.”

Castañeda fue el primero en caer. Su bisabuelo fue el primero que puso una imprenta en el país, con la cual fundó un periódico del que sólo se editaron tres números. Tenía en su taller una foto grande y fea del bisabuelo. A su grupo lo sorprendió un oficial de la marina y siete soldados. Ya en el suelo con una bala en las costillas, que le había destrozado el hígado, disparó y

siguió apretando el gatillo de su arma hasta que las balas de los fusiles automáticos de los marinos le desfiguraron el rostro, frente a la gran plaza, cuyos árboles sirvieron de testigos en aquella madrugada. Lo dejaron ahí, tirado boca abajo, con la sangre en la boca y los puños apretados. Los siete marinos murieron unas horas más tarde, la decisión y el coraje de Castañeda fueron los que lograron un pequeño avance. Al otro día me disfracé de sacerdote y me presenté en el velorio que la policía vigilaba. Castañeda era velado en medio de la imprenta, al lado de sus máquinas. Dije algunas palabras en latín y me retiré, ante el asombro de los familiares que sabían perfectamente que Castañeda nunca creyó en Dios.

Pobre teniente. El era el más culpable, y el que debía haberse salvado, pero así es la guerra muchachos, así es la guerra”.

Todos lo trataban bien porque, a cambio de un poco de comida que matase la eterna hambre que tenía en algún rincón del estómago, les contaba historias de la guerra. Era como recorrer un viejo libro, un libro que hablaba. Haciendo memoria, años después, los muchachos se dieron cuenta de que aquello era importante para los recuerdos, tanto como lo fue la visita con Rico aquella madrugada a la catedral.

La reunión fue a las doce de la noche, hora de murciélagos, de frío, de sombras, de silencio, de ruidos de hojas que caían por el otoño prematuro, de angustia, de cosas que pasan y nadie sabe. Carrara consiguió las linternas. Por un pequeño agujero de la ventilación de los sótanos se metieron. A las doce cuarenta y cinco estaban dentro de la catedral. Llevaban las linternas, sogas y un pedazo de hierro para defenderse, por si eran atacados. Se dejaron tragar por el inmenso edificio que olía a viejo. La luz mostró un camino de polvo en el aire, cabezas de santos rotas, con las ropas de madera despintada, el cuerpo comido por la polilla y los brazos sin manos. Un altar desvencijado, maderas de andamio llenas de restos de cemento y cal, latas de pintura y coronas de flores marchitas. Miguel Angel dijo en voz alta: “casi como un cementerio”. Recordó que en el sótano de la catedral estaba enterrado un fraile, muerto sin confesión, que era el eterno guardián del inmenso edificio. Carrara dijo en voz alta que éstos eran cuentos de los curas; la gente dice muchas cosas que no son ciertas. Rico, que marchaba al final de la columna, sintió que le tironeaban del saco, pero al darse vuelta no vio a nadie. Cuando le volvieron a tirar se dio vuelta y vio al teniente. Era un teniente de ojos tristes, con una gran flor roja en el pecho, por donde habían entrado las balas. Con calma Rico pasó al frente de la columna y pidió la linterna. Les preguntó si no era preferible salir a tomar un poco de aire fresco y volver a entrar luego. Los sótanos cerrados como ése no dejaban de ser un problema para la salud. Además, podía llegar la policía. El creía conveniente salir, salir cuanto antes, lo más rápido posible. Comenzó a correr con las últimas pala-

bras, tropezando con las flores viejas, el altar desvencijado, los santos despirados, las cruces sin uso y sin sentido, cayéndose, lastimándose, volviéndose caer, y buscando con desesperación aquel pequeño huequito en la pared que le permitiría salir y que lo liberaría de aquel horror.

Luego supimos, cuando la redada de civiles, que los primeros en caer en manos del ejército fueron los taxistas. Muchos fueron ejecutados sin más, al comprobárseles que portaban un arma.

Revisaban el vehículo, si tenían aún algún arma del ejército, los hacían descender, colocarse contra una pared, como si los fueran a revisar, y así, sin más, a una señal secreta del oficial a cargo de la patrulla, apretaban el gatillo. Una ráfaga de ametralladora hacía saltar la sangre del lugar donde las balas penetraban. Así murieron muchos, fueron trasladados a los hornos crematorios de los cuarteles, para que sus cuerpos, convertidos en cenizas, no fueran encontrados jamás. Los vehículos eran arrastrados por un camión hasta el cementerio de automóviles de la ciudad y escondidos debajo de una pila de chatarra. Meses más tarde, al remover los fierros oxidados, los encargados del depósito encontraron algunos de los vehículos. Y todo esto —repetía Rico— no hubiera ocurrido si alguien, no se sabe quién, no hubiera denunciado los planes del levantamiento. Todos los que participaron en el ataque al cuartel de policía fueron ejecutados, excepto yo. Pensábamos con Castañeda que esa era nuestra última oportunidad. No habría otra, los dos habíamos pasado la edad en que las cosas se hacen. La toma del gobierno, con la ayuda de la guarnición que a último momento no se plegó, era lo único que podía asegurarnos un puesto diplomático en Europa. Mi idea era ser agregado militar en París o Londres. Me lo habían prometido de antemano si ayudaba. Créanme, hice lo posible, pero el destino no lo manejan los hombres. Son las cosas las que se mezclan y se vuelven a mezclar la causa de nuestra impotencia.

Exactamente cuál había sido el papel del vago Rico en la insurrección del año treinta y dos, nadie lo sabía. Pero todos tenían la idea, la sensación, el sentimiento, que buscarle un poco de comida era importante, quizás como la única forma de conservar a un ser que venía de un mundo distinto al cual ninguno de ellos había pertenecido jamás.

Cuando Rico murió, un año después, lo supieron por boca de un amigo común. Carrara compró aquella mañana el periódico y allí, al pie de una página, estaba la noticia: “La policía recogió anoche el cadáver de un indigente, que fue identificado como el del famoso vago Rico, fue encontrado con un balazo en la sien izquierda, al lado del monumento del héroe. Llevaba en el bolsillo derecho de su saco unas cartas ininteligibles. Estaba sin zapatos y con el arma a la vista. Rico fue —decía el periódico— el único sobreviviente de la sublevación civil del año 32, y el que informó al gobierno de los planes secretos fallido levantamiento.”